

A modo de conclusión

Desde comienzos del siglo XX la Argentina no solo se moderniza y se urbaniza rápidamente sino que en ese proceso el deporte va a jugar un rol muy importante, ya que hace posible no solo la pronta incorporación del país a un sistema internacional de competencias, sino que favorece la expansión de un espacio de tiempo libre nacional. El deporte, con la prensa, la radio y posteriormente con la televisión, alcanza un impacto nacional indudable a través de la libre circulación de sus símbolos, mitos y héroes. Esto es posible porque la práctica deportiva se convierte en un espectáculo público. Las inversiones en infraestructura deportiva aumentan y se consolidan los clubes como verdaderas sociedades civiles. Al mismo tiempo se profesionalizan las carreras deportivas, lo que facilita la movilidad social de los más talentosos. Si el deporte fue pensado originalmente como una escuela en donde temprar el coraje individual y aprender a funcionar colectivamente, en la época de las naciones, con Juegos Olímpicos y campeonatos mundiales, es obvio que la conexión con las identidades nacionales fue un resultado más que

previsible. La Argentina, como he tratado de demostrar, exporta cuerpos, caras, gestos y eventos deportivos, y a partir de ellos una imagen de lo nacional se construye, al mismo tiempo, afuera y adentro. Monzón no solo es un "macho" para consumo interno sino que es percibido como un "macho argentino", con todo lo negativo o positivo que esto pueda tener.

En ese proceso las imágenes y las historias no serán fáciles de integrar en un todo coherente, por la presencia de una gran diversidad, tanto individual como colectiva. Por lo tanto, si el deporte es pensado solamente a partir de la unanimidad no se puede entender la diversidad que éste produce. Uno de los mensajes de este libro es, casualmente, que en la presentación de prácticas deportivas tan diferentes encontramos las bases de lo nacional como compuesto por un caleidoscopio complejo y, en muchas ocasiones, contradictorio. No solo hay "contradicciones" individuales sino también dimensiones de clase que parecen incompatibles. Si el polo es terrateniente y el automovilismo chacarero, el boxeo supuestamente bien popular, e incluso marginal, y el fútbol relativamente multclasista es, precisamente, a través de esta combinación heterogénea que las imágenes de lo nacional se construyen. El polo no excluye al fútbol y viceversa.

Hay en este período un proceso de apropiación estatal de los deportistas exitosos y de los

equipos que representan al país que no ha sido analizado y no era el objetivo de estas páginas. Es importante hacer notar, sin embargo, que durante el gobierno peronista no solo se organizaron campeonatos nacionales infantiles a través de la Fundación Eva Perón sino que hubo una política orientada a garantizar los éxitos deportivos. Los triunfos de Fangio, si bien no eran presentados como los triunfos del gobierno peronista, eran apropiados por el sistema de propaganda gubernamental oficial (Fundes 1999). Los éxitos deportivos, incluso los obtenidos en polo, fueron presentados como la victoria de la nación y de las virtudes masculinas: coraje, persistencia, voluntad de superación, poder y habilidad para sortear obstáculos (Rein 1998: 59). Uno de los fracasos, en ese sentido, fue el "capital simbólico" otorgado a Gatica que terminó de un modo inesperado con su derrota ante Ike Williams en 1951. Lo que queda claro es que durante el peronismo hubo una inversión importante en infraestructura deportiva al construirse, entre otros, el Autódromo Oscar Alfredo Gálvez, el Velódromo Municipal, el Circuito KDT y el Centro Recreativo Ezeiza, y al patrocinarse eventos internacionales como las carreras de Fórmula 1, el campeonato mundial de béisbol en 1950, los Primeros Juegos Panamericanos en 1951, las visitas de grandes boxeadores norteamericanos y la vuelta ciclística República Argentina. Incluso en 1949 con la publicación

de *Mundo Deportivo* se pretendió dar batalla a *El Gráfico*, el semanario productor de ideología más importante y que no era totalmente fiel al gobierno. Esos diez años fueron, de algún modo, ejemplares y no hubo, posteriormente, otros intentos sistemáticos de vincular el deporte con la nación a través de políticas estatales claras y articuladas. Se podría decir que a partir de 1955 la relación entre deporte y nación se da cada vez más fuera del Estado.

Volvamos, para terminar, al panteón de los héroes. Muchos nombres y hazañas han sido presentadas en las diferentes secciones ya que el deporte, quizás junto con la guerra y las expediciones por lugares inhóspitos, permite el despliegue de narrativas heroicas. Tres nombres han sido, sin embargo, retenidos de un modo especial: Juan Manuel Fangio, Carlos Monzón y Diego Armando Maradona. Esto no es casual porque el impacto nacional e internacional que tuvieron fue excepcional. En un modelo esencialista de entender lo nacional estas figuras remiten a glorias pasadas y nos recuerdan que no hay auge sin una posible decadencia. Pero, asimismo, representan parte de la diversidad imaginable en el momento de calificar las virtudes de los seres excepcionales. Esa heterogeneidad invita, también, al rechazo. Fangio es, sin lugar a dudas, el héroe deportivo menos controvertido —pese a su tibio peronismo—. Ernesto Sabato supo captar, junto a Stirling Moss, algunas de las dimensiones salien-

tes de su personalidad al describirlo de la siguiente manera:

contemplo a ese hijo de labradores italianos cuyo rostro podía sin embargo haber sido el de un senador romano... Hay en su cara una especie de bonhomía cazurra, los residuos de muchos años de lucha, de alguien que ha visto la vida y sobre todo la muerte demasiado de cerca y demasiado veces, que ha alcanzado esa ataraxia de los sabios que han meditado sobre la fragilidad del triunfo y sobre la vanidad de las coronas de laurel; un sutilísimo y casi imperceptible pliegue en el extremo de los labios está como anunciando una ironía inminente o retenida al borde de la inminencia. Es que este híbrido de campesino y senador no solo ha sido trabajado por las multitudes del circo sino también por la socarronería de la campaña bonaerense... Ese hombre, formado en la escuela de la escasez, paciente y laborioso como buen chacarero... modesto y orgulloso a la vez, tranquilo en la adversidad y corajudo en la fanfarronería. (1986: 8-9)

Si la vida de Fangio remite a los mitos chacareros y pampeanos y, por lo tanto, marca la transformación de un deporte que en sus inicios fue aristocrático, las vidas de Monzón y Maradona nos llevan a la escasez de las villas miserias de Santa Fe y Lanús. La vida de Monzón, el modelo del "macho argentino", puede verse como una síntesis estilizada del modo como el público argentino piensa el boxeo, ayudado por la narrativa perio-

dística: pobre, agresivo, resentido y privado es capaz de subir a la gloria en una suerte de pulsión vengativa y sado-masoquista. Hemos visto que, en parte, Monzón se piensa de esa manera pero es más que eso. El éxito de Monzón es una muestra de la capacidad de sacrificio, la obsesión rutinaria por el trabajo, la preparación cuidadosa, y, sobre todo, la relación entre fuerza física, coraje y resistencia y la moral para vencer. Como diría Brusa, su entrenador y guía por tantos años, sus hazañas reivindican al criollo y sus virtudes.

Juanese, estrella del rock nacional, declaraba que "Maradona es solo comparable a San Martín con una temperatura de cuarenta grados cruzando la cordillera de los Andes para liberar a Chile" (*Página/12* 1/12- 1994: 2). La comparación no es gratuita y es probable que muchos argentinos estarán de acuerdo con esta caracterización y posiblemente incluirían en una suerte de tríptico heroico al cantor de tangos Carlos Gardel, muerto, joven y trágicamente, en 1933. La relación estrecha entre *potrero* y *pibe* es, sin lugar a dudas, un aspecto imprescindible para entender su peso simbólico. En el escenario global del deporte la producción de territorios e identidades locales es difícil de mantener a causa de la naturaleza dispersa de la globalización. Maradona tuvo como jugador de fútbol una vida diaspórica y transnacional pero nunca dejó Villa Fiorito. Los modos de pertenencia al *potrero* y la condición de *pibe* no contradice el sentimiento de pertenencia al

territorio imaginario de la nación. Estas dos construcciones culturales, en su caso, se refuerzan mutuamente. Maradona es así transformado en un héroe argentino mítico, y no solo debido a sus éxitos deportivos ya que su vida —agitada, escandalosa y dramática— al ser pública concierne a los ciudadanos del país. Podemos decir que en esta relación compleja entre nación y héroe Maradona fue, ciegamente, en la búsqueda de su destino. La Argentina necesitaba de un héroe trágico y lo encontró. Al mismo tiempo Maradona era como tantos otros, ya que nos recuerda nuestra imperfección, nuestra humanidad. El último efecto de su vida trágica es la de perfilar nuestros sentimientos de responsabilidad y culpa. La caída de un ídolo verdadero tiene la virtud de romper la ficción de la vida y transformarla, se quiera o no, en un espectáculo público con tonos perversos. De estas historias se nutre, también, la historia de una nación.